

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

Listillo, prepara el petate

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

el paseo | central, 35

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

JULIEN BLANC

Listillo, prepara el petate

La vida, sin más... (II)

Traducción y notas

Luisa Lucuix Venegas

el paseo, 2023



MINISTERIO
DE CULTURA
Y DEPORTE

DIRECCIÓN GENERAL DEL LIBRO
Y FOMENTO DE LA LECTURA

Esta obra ha recibido una ayuda a la edición
del Ministerio de Cultura y Deporte

Título original: *Joyeux, fais ton fourbi (Seule, la vie..., II)*, 1947.

© de la traducción y notas: Luisa Lucuix Venegas, 2023

© de esta edición: EL PASEO EDITORIAL, 2023

www.elpaseoeditorial.com

1.ª edición: diciembre de 2023

Diseño y preimpresión: EL PASEO EDITORIAL

Cubiertas: Jesús Alés (sputnix.es)

Corrección: EL PASEO EDITORIAL

Impresión y encuadernación: Kadmos

I.S.B.N. (obra completa) 978-84-19188-15-1

I.S.B.N. (volumen) 978-84-19188-33-5

DEPÓSITO LEGAL: SE-2544-2023

CÓDIGO THEMA: FBA

No se permite la reproducción, almacenamiento o transmisión total o parcial de este libro sin la autorización previa y por escrito del editor. Reservados todos los derechos.

Impreso en España.

Contenido

Nota editorial	IX
Nota a la traducción	XIII

Listillo, prepara el petate

1. El Duque de Aumale	5
2. Primeros contactos	37
3. La vida en el Bat' d' Af'	81
4. Jornada impune de un «duro». (Reconstitución)	127
5. Descubrimientos	151
6. La enfermería del puesto	168
7. Los indígenas	212
8. Reincidentes	230
9. La reincorporación	267

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

Nota editorial

Julien Blanc dedicó esta novela, segunda parte de su trilogía titulada *Seule, la vie...* («La vida, sin más...»), a Jean Paulhan, quizás porque este último fue el que con su consejo redirigió la carrera literaria del propio Blanc. Escritor y crítico reputado, director entonces de la importante *Nouvelle Revue Française*, donde Blanc hacía trabajos de subsistencia, Paulhan, seguramente conocedor de las tribulaciones vitales del primero, le espetó: «Se equivoca usted en su obstinación por escribir obras de ficción. Ahí tiene su vida, escúpala y después podrá volver a la novela». Este encuentro siempre se ha considerado el germen del conjunto de novelas de «La vida, sin más...», formado por *Confusión de penas* (Gallimard, 1943 –ya publicado por El Paseo en 2022–), la presente *Listillo, prepara el petate* (Le Pré-aux-Clercs, 1947 –El Paseo, 2024–) y *Le temps des hommes* (Le Pré-aux-Clercs, 1948), que esperamos publicar próximamente y donde se relata el paso de Blanc por la guerra civil española.*

Si esta saga autobiográfica es la cima de la obra de Blanc, *Listillo, prepara el petate* (*Joyeux, fais ton fourbi*, 1947) –que presentamos por primera vez en nuestro idioma– está considerada su mejor novela. En su momento, fue finalista del Prix des Critiques, que finalmente ganó Camus con *La Peste*, y recibió por ella el Prix Sainte-Beuve. La espléndida recepción crítica le prestó a Blanc el único atisbo de una posible consagración literaria, que no llegó a consumarse. No obstante, la buena literatura es tozuda y, curiosamente, casi ochenta años después de su primera aparición, con ocasión de

* Nos remitimos para este y otros datos generales sobre Blanc, su vida y su obra, a la «nota editorial» redactada con ocasión de la publicación de *Confusión de penas*, primera parte de esta saga autobiográfica, editada por El Paseo editorial en septiembre de 2022.

su recuperación en 2012 por la editorial Finitude, fue clasificada como uno de los mejores libros ese año por la revista *Lire*.

Este volumen, que narra su paso por un temible batallón de castigo colonial, sigue a *Confusión de penas*, donde se relatan sin miramientos los primeros años de su vida, llenos de inadaptación y abusos, pasados entre distintas instituciones correccionales hasta llegar a su sentencia por «confusión de penas». Ahora, Julien Blanc narra, en un tono francamente testimonial, los terribles «siete años y tres meses perdidos, desperdiciados» en los que trató de sobrevivir entre esa «escoria» social destinada en el lejano desierto. El título se corresponde con el primer verso de una tonada militar, en la que ese *joyeux*, que significa «alegre», era el apodo irónico que recibían los condenados a pudrirse en los batallones de castigo franceses de África.

Con menos de veinte años, y tras una infancia y una adolescencia de insólita dureza, Blanc se había enrolado en el Ejército con la esperanza de darle algún sentido a su vida, pero había desertado al poco tiempo, incapaz de someterse a ninguna disciplina. Por ello, y por su expediente carcelario, narrado en la primera novela de la trilogía, fue enviado a servir en el temido Bat' d'Af' (Batallón de África), al otro lado del Atlas. Él, el rebelde, el niño que había descubierto la humanidad en el orfanato, experimenta una rabia profunda por la brutalidad y el oscurantismo de los que lo envían allí. Pero, contra lo previsto en un entorno violento y desesperado, decide volcar toda su ternura en sus camaradas de infortunio, con el constante deseo de encontrar algo de humanidad en cada uno de esos viles bellacos que buscan, como niños, que alguien los ame, incluso si ese amor es entre hombres y está mal visto. En este universo de reclusión, Blanc lo sabe mejor que nadie, al que se trate como una bestia se comportará como una bestia. Su descripción, totalmente a flor de piel, es tan vibrante como palpable.

Al final, en 1934 todo queda listo para el siguiente paso. Ante la insatisfacción, la precariedad y la particular búsqueda permanente, y orientado por algunos de los amigos que siempre lo auxiliaron, entre ellos se cree que la mismísima Simone Weil, Blanc recalará

en la trágica España de la guerra civil. De ahí saldrá una tercera entrega, que esperamos publicar lo antes posible, *Le temps des hommes*, que en palabras de Christophe Mercier, en el suplemento literario «Les Lettres Françaises», de *L'Humanité*, «es quizás el libro más importante que un francés haya escrito nunca sobre la guerra de España, y supera con creces *LEsperoir* de Malraux, a menudo ilegible y ampuloso».

NUESTRA EDICIÓN

El Paseo editorial va a traducir a nuestro idioma todo el ciclo completo de «La vida, sin más...», mediante el excelente trabajo de Luisa Lucuix Venegas que, más allá de su traducción, nos puso en la pista de esta magnífica obra, recuperada en la propia Francia solo a partir de la pasada década. Se sigue aquí el texto fijado por las recientes ediciones de estas novelas realizadas por la editorial francesa Finitude entre 2011 y 2013.

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

Nota a la traducción

El título de este segundo tomo de la trilogía «La vida sin más...», de Julien Blanc, *Listillo, prepara el petate* procede de un verso de una canción militar francesa. Irónicamente, *joyeux* («alegre», pero también «vivalavirgen», «juerguista», «listillo») era el nombre que recibían los soldados y presidiarios que acababan en los batallones disciplinarios del Ejército francés en África. De común acuerdo con el editor, se ha decidido traducir este término en el título por «listillo», pero preservar la palabra original francesa en interiores. La palabra *toubib*, «médico militar» en el argot de la época, es otro término francés que hemos creído conveniente mantener sin traducir, al ser un arabismo y haberse convertido hoy en un vocablo de carácter familiar que designa a cualquier médico y carece de la connotación peyorativa de nuestro «matasanos». En el caso de otras palabras de origen árabe, se ha mantenido la grafía original de la novela, en muchas ocasiones afrancesada. Por otro lado, hemos optado por traducir tal cual aparecen en el original varias palabras y expresiones que en nuestros días no usaríamos y que esperamos se comprenda que pertenecen a los usos de la época en el contexto de la novela. Finalmente, la casi totalidad de las anécdotas del pasado a las que el protagonista se refiere a lo largo de estas páginas aparecen relatadas en *Confusión de penas* (El Paseo editorial, 2022), el primero de los volúmenes de esta trilogía. Se indican las páginas de referencia en notas al pie.

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

Listillo, prepara el petate

La vida, sin más... (II)

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

A Jean Paulhan

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

1. El Duque de Aumale

El camino era igual de malo cuesta abajo que cuesta arriba. Tirando cada uno para su lado, a merced de cualquier tropezón, los gendarmes tarareaban el estribillo con el que hacía un rato habían respondido a mi pregunta; movían la cabeza y ponían una especie de ternura en la voz que me humillaba y me irritaba. Me dolían las cadenas. Iba concentrado en el *leitmotiv* lancinante, en los desniveles en los que las lustrosas botas de mis guardianes se metían deliberadamente y en aquel camino lleno de trampas que me hubiera gustado saber a dónde nos llevaba. Caminaba entre los dos hombres con los brazos en cruz para que el tirón que llegara del lado del tropezón fuera menos brusco. Era inútil. No tardé en bajar los brazos. De un rápido vistazo a mis muñecas, vi que estaban moradas.

*Joyeux, fais ton fourbi.
Pas vu, pas pris,
mais vu rousti...**

Nos cruzábamos con gente que me miraba mal o bien, según estuvieran (suponía yo) del lado del orden o del contrario. Sabía por el curso** que Marsella estaba llena de desertores. A los que me parecía que demostraban un mínimo interés les guiñaba el ojo: «¡No te preocupes, amigo, está cantado que me darán

* Canción militar: «Listillo, prepara el petate. / Si no te ven, muy bien, / pero visto, vas listo...».

** Compañero de la prisión militar a la que envían a Blanc tras desertar. Véase *Confusión de penas*, p. 253.

la exención!». Uno de ellos, un hombre de rostro moreno, con los brazos musculosos al aire, se paró a nuestro lado. Los gendarmes dejaron de canturrear y se acercaron a mí mientras el hombre sacaba del bolsillo trasero del pantalón (los ojos de los guindillas se inquietaron en ese momento...) un paquete de tabaco para ofrecérmelo. Pero yo no podía moverme. Mis brazos eran la prolongación de los de los gendarmes.

–¿También vais a impedirle que fume? –les espetó el hombre.

–No, no se lo vamos a impedir. ¿Pero qué pasaría si ahí dentro hubiera algo más?

El hombre suspiró, me imagino que indignado, se puso en cuclillas y vació el paquete de tabaco en el suelo. Cada vez más a la defensiva –así me lo demostraban unas cadenas cada vez más cortas–, los gendarmes examinaron el contenido del paquete.

–De acuerdo, ahora sí –dijo uno de ellos– puede darle los cigarrillos.

–Sí, se los puede dar –opinó el otro.

El tipo del rostro curtido volvió a meter los cigarrillos en el paquete, se levantó despacio; me aflojaron las esposas y abrí las manos.

–¿Y a dónde te llevan?

–No lo sé. Vengo del fuerte.

–Ah, ¿eres militar?

Parecía sorprendido. Yo llevaba todavía el mono de trabajo de Viatte puesto. Aquellas no eran ropas de soldado. De repente me di cuenta de que nadie había debido de entender mis guiños; el hombre que tenía delante, mirándome intrigado, seguro que tampoco. Como los gendarmes parecían dispuestos a dejarme respirar unos minutos, me pareció lo correcto poner a mi generoso colega (¿?) al corriente.

–Creo que me llevan al Bat' d'Af*, pero estoy que me caigo a pedazos.

* Abreviación popular con la que era conocido el Batallón de África.

La laringitis me volvía la voz curiosamente ronca. El hombre levantó los brazos.

–Te van a declarar inútil.

–Cuento con ello –respondí, seguro de mí mismo.

Con ese «cuento con ello» terminaba el director departamental de prisiones sus discursos cada vez que venía a pasarnos revista a la cárcel de Aix-en-Provence. Me acordé y sonreí. El hombre malinterpretó mi sonrisa.

–Sí, te van a declarar inútil. Estás más flaco que un alfiler.

Le ofrecí un cigarrillo, cogí uno para mí y guardé el paquete en el bolsillo. Los guindillas se miraron indecisos y sacaron sus tabaqueras. El lugar estaba poco frecuentado, al menos a aquella hora.

–Nos da tiempo de fumar de aquí al puente –dijo el más viejo.

El hombre les dio fuego. Me dio la sensación de que aguantaba la risa. Con la mano izquierda hacía gestos detrás de la espalda; entendí lo que quería decir: «Pírate, hombre». Sin embargo, por muy ocupados que estuviesen dándole al cigarrillo, los gendarmes sujetaban las cadenas con fuerza.

–En marcha.

El tipo moreno se despidió con un gesto amistoso y se fue sin mirar atrás.

Algo más adelante, nos cruzamos con una joven que me examinó de arriba abajo con descaro. Era guapa, pero la finura de sus rasgos y el vaivén voluptuoso de su pelo suelto desaparecieron en la mueca despectiva de su boca y en la hostilidad de su mirada. Me desesperé. ¡Tan guapa y tan cruel! Si me hubiera sonreído... La despreocupación que me había provocado el regalo del desconocido, nuestra breve conversación y el corto descanso de hacía un momento dio paso a unas ganas de morirme en el sitio, delante de aquella hermosa joven. Era inevitable, a mis 22 años no podía hacer nada contra ello. Sin embargo, me decía a mí mismo (una voz me lo decía) que no podía ser que el desprecio de una engreída me provocara tal

desesperación. Y aquella voz era sin duda la mía. Y como la injuria aflora con facilidad en el pensamiento de los miserables, la voz no decía engreída, sino ramera o algo peor. Tiré con rabia el resto del cigarrillo. Si hubiera estado inmunizado contra el amor propio, habría seguido fumando, habría pasado a otra cosa, pero en aquel momento, la última carta de mi madrina, en la que una vez más me hablaba en nombre de mi madre, de mi dignidad, se puso a danzarme ante los ojos: «Evidentemente, mi querido niño, los jueces no deberían aplastarte con una pena demasiado dura; pero (intento que se apiaden de tu infancia culpable y desgraciada) entiende que el castigo que vas a recibir es el castigo de Dios y que deberás aceptarlo todo, soportarlo todo como un hombre digno de serlo. Tu culpa es». Y el recuerdo de lo que le robé a Ernest...^{*} Los gendarmes no se daban cuenta de nada. Fumaban y cantaban su maldito estribillo. La joven, tan guapa, acentuó su mueca de desprecio y se encogió de hombros. Su cabello tenía reflejos cobrizos, sus piernas doradas eran perfectas. Perfectas para acariciarlas. Me deshice de las elocuentes palabras de mi madrina, de los ojos severos de Ernest, y me entregué al placer maravilloso que habría sentido si tan solo la joven me hubiera sonreído; al fervor que habría sentido si, como la dulce y misteriosa aparición en la prisión de Niza tres años antes, hubiera posado sus labios sobre los míos. ¡Cruel imaginación! Nada de aquello era posible. Volví a hundirme en la desesperación. Es algo muy triste avergonzarse del estado de uno, avergonzarse de uno mismo, lo sé; avergonzarse de estar encadenado... Si fuera más fuerte, escondería esta larga y monótona fila de desgracias tras una cortina de hierro, pero soy débil.

Llegamos al puente sin cruzarnos con nadie más. Los gendarmes tiraron sus colillas aplastándolas con cuidado; examinaron minuciosamente las esposas e hicieron caso omiso de mi súbita queja sobre mis muñecas magulladas.

* Véase *Confusión de penas*, pág. 213.